

TRABAJOS EN EL MEDIO RURAL - 2

# La siembra, la siega y la trilla

Nº 5



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

## **La siembra, la siega y la trilla**

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografía de portada: Julián Sánchez

Máquina de aventar AJURIA 1 en una era de Bezas. Verano 2006.

Imprime: Navarro & Navarro Impresores

Arzobispo Apaolaza, 33-35

50009 Zaragoza

TRABAJOS EN EL MEDIO RURAL - 2

# La siembra, la siega y la trilla

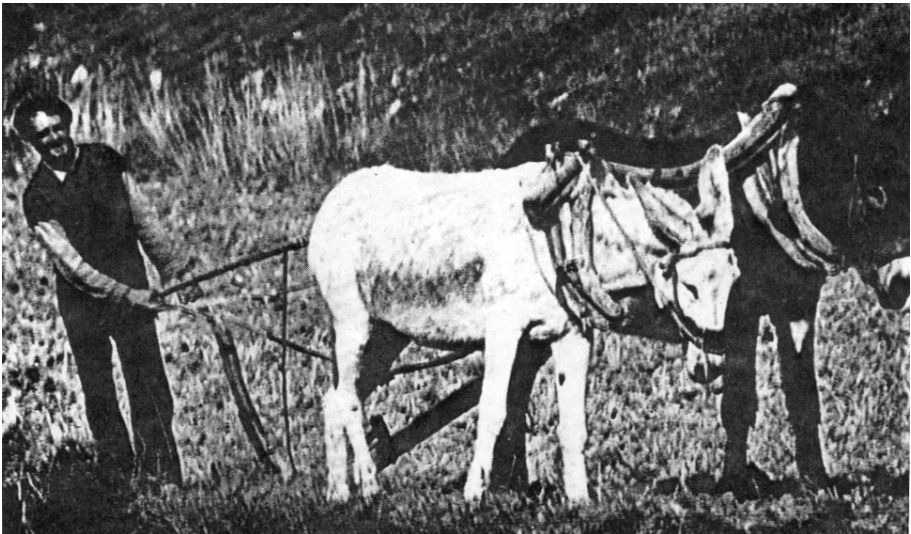
JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA





## La siembra

Pasadas las fiestas del mes de septiembre, apenas comenzado el mes, los hay impacientes por iniciar esas labores de siembra de invierno. Hay que aprovechar el buen tempero reinante o, porque igual da, si no hay tempero ni se pudo binar a su tiempo, por falta de agua o por mucha agua; que el terreno ha salido del verano en óptimas condiciones para comenzar a esparcir por él el grano, que así comience a germinar pronto y le cojan con fuerza los tempranos fríos si llegan; o que hay que arriesgar también, si el verano dejó los campos como tristes desiertos a fuerza de tanta sequía, pero que no queda más remedio si se quiere seguir siendo; que también a veces y con frecuencia, da buenos resultados la aventura, sembrar en seco, que luego ya vendrán las lluvias benefactoras y al menos el grano que quedó bien enterrado, saldrá lozano a la superficie, cogerá fuerza suficiente, antes de que el blanco e immaculado manto de la nieve lo cubra por largo tiempo.



Allá irá pues el labriego, con su yunta bien pertrechada, dispuestos los ánimos, aunque todos no bien recuperados del durísimo trabajo de la era.

Y si no se pudiera sembrar ahora, que de todo ocurre, cargados de resignación y paciencia, de la que siempre tuvieron los labriegos, quedarán esos campos a la espera de mejores tiempos y en ellos se procurará sembrar especies de ciclo corto. Que el tiempo y la vida misma forzó maestros y no quedará trozo, a buen seguro, que no dé su fruto al sufrido labrador. Porque el día se presenta en una exuberancia y magnificencia que da gloria salir al campo. En estos días mediado este mes de septiembre, y entre un largo verano que comienza a apagarse mansamente y un otoño que se adivina ya a las mismas puertas. O con los fragores propios también de ese mes loquillo, tan dado a los tremendos cambios, a las complacencias, a los disgustos, con su cambiante climatología, como algo que se resiste a morir, para dar paso a otra vida nueva, estertores tremebundos a veces, paz perfumada otras, de este septiembre.

Allá irá pues el labriego, con su yunta bien pertrechada, dispuestos los ánimos, aunque todos no bien recuperados del durísimo trabajo de la era. Pero parte contento nuestro hombre, alforja bien surtida de ilusiones nuevas que se agolpan en su mente; granos robustos portadores de esperanzas; alegrías y esperanzas juntas, sudor, vida, que caerá sobre la reseca tierra y se mezclará con el polvo caliente; sobre una tierra siempre receptiva y tan generosa como puede, que pagará con gracia pronto a quienes esperan tanto de su fecundidad.

Y en este día de septiembre, de octubre o quizás más tarde, qué más da; días de ambientes dispares en su climatología, que tan poderosamente condicionan al labrador, habrá que ser sincero consigo mismo, una vez más y convencido de que se es portador de nueva vida, administrar con cariño y con energía la semilla. Mirada firme y serena a los dominios extensos, al suelo que se pisa con cuidado, a ese pequeño entorno que conforman esas reducidas posesiones.

### **Surcos, largos, rectos, uniformes**

Surcos larguísimos rectos, uniformes, para que luego no digan, que se pierden de vista en el horizonte; retorcidos y cortos, deformes, sobre las innumerables chepas; que serpentean y se encaraman ladera arriba, huyendo presurosos de la vaguada su enemiga.

Y el labriego que canta a ratos, eufórico de su trabajo bien hecho, que arrea con cariño a la yunta que le entiende y a ratos grita y desafora, que las bestias hasta se extrañan, que piensa que algo no le sale bien y hasta se lía a pedradas con aquellos bellísimos e indefensos pajarillos que durante todo el día le siguen, surco adelante, surco atrás, buscando gusanillos para nutrirse y que él cree que le están robando el grano, o se hace amigo de ellos, que casi se dejan tocar y luego les tira migas de pan, que quiere pagar así el bien que le hacen siendo sus amigos del día.

Haciendo camino siempre, hacia delante, hacia atrás; siempre un ir y venir que cansa y aburre y desespera; encorvado mientras sujeta con la fuerza que puede, con cariño, con rabia, con debilidad, según, la esteva del arado romo ya de tanto arañar, enterrador de ilusiones



Marceliano Sánchez Villalba, sembrando en la Senda de los Quemados (Bezas)  
Foto: Julián Sanchez / 1967

y esperanzas, anhelos, lágrimas y arranca hasta hacer brotar la sangre de las manos callosas, duras, las malas hierbas que a su paso se resisten a morir.

Hay siempre, cada año, cada vez, un partir, un aguantar, un retorno, lleno de tesón, de fe, de ilusiones renovadas que se sienten, que transforman el duro esfuerzo del largo día en fresca caricia que llena el alma.

Y a la tarde la vuelta, acabado el día, henchido el pecho, el deber cumplido, que ya una nueva vida se ha plantado, va a comenzar allá abajo, en el seno de la amiga tierra. Tierra adorada, por igual alabada y denostada, a la que tanto se le ha pedido hoy, en este día de siembra.

## La siega

Duelen por igual los ojos y la espalda, siempre agachándose y mirando ya desde hace muchos días allá arriba, al cielo, al atisbo de síntomas premonitorios de fenómenos que puedan perturbar la emocionante marcha de sus ricas o pobres, medianas cosechas, que de todo hay, que están ahí lozanas, o conformadas y macilentas, y a las que ayudó con tanto cariño, amorrado al suelo, limpiándolas de malas hierbas que tenían.

Mira el labriego sus tesoros, el fruto de sus manos ya presto a alcanzar. Que era ayer cuando amorosamente peinó los campos, dibujó surcos de fertilidad. Con caricias convenció a la vieja tierra una vez más, que no se atrevió a negarse y ya está a punto de darle el nuevo fruto de su amor.

Dilatadas extensiones, minúsculos trozos como pañuelos. Las mismas lomas y vaguadas que ayer recorría cansado paso a paso, peladas, de tonos ocres, rojizos, blancos y negros, indefinidos; impúberes y jóvenes

### *La siembra, la siega y la trilla*

a los que arrancó con caricias su virginidad; viejos y prolíficos, todos lucen hoy en este día o están a punto de lucir, las galas de su lozana madurez, prestos a emprender el camino que les conducirá al holocausto final.

Menudea el ir y el venir, de trozo en trozo, que el labrador conoce profundamente, por infinidad de signos, de detalles minúsculos que observa, que le ha brindado su sabia naturaleza, cuando, cómo, por donde ha de dar comienzo a este primer día de siega, como rito ancestral un año más, que dará paso a que se disparen las sanas envidias y afanes; que ya había ganas entre los suyos y los otros, de dar comienzo a este penoso pero esperanzador calvario, donde los cuerpos verterán tanto sudor como cariño, en esta liturgia que aprobó la vida. Un paso más en el larguísimo recorrido impuesto, antes de que sean saciados los más nobles deseos.



Un nuevo ritual un año más, uno más, piensa el labriego y tantos como él...

## Corbellas al hombro

Salía el vecino sigiloso esta mañana, apenas levantado el día de este prometedor mes de julio, corbellas nuevas al hombro, entre zamarras tersas y relucientes.

Suena el himno de llamada cautelosa aún, el sonsonete fresco de las zoquetas, que se resisten a seguir calladas y denuncian a los cuatro vientos que sus dueños ya están prestos un año más a iniciar la tarea casi sagrada de recoger el fruto de sus prolongados sacrificios.

Un nuevo ritual un año más, uno más, piensa el labriego y tantos como él, que se han preparado bien para lo que ha de ser la recolección de tantas esperanzas esparcidas a lo largo y ancho de sus posesiones.

La mies está todavía muy melosa cuando el inquieto segador se apresta y cae sobre ella y dice que es igual, que algo sí que ganaría, pero que prefiere así, que apretado bien el haz podrá mantener su frescor y terminará de sazonar y aunque así no fuera él ya va ganando, manojo a manojo, que es mejor poner a buen recaudo lo que se ofrece tentador, ya hecho realidad.

Que la espera se hace inquietante y aburrida y bien podría acabar en desesperanza y tragedia, si la mala nube aparece otra vez y se lleva consigo en un santiamén los sueños y las esperanzas tan largamente acariciados y que ya casi se tocan.

Ha sido un aldabonazo dado una vez más en este quehacer cotidiano, no se sabe quién, si por el más menesteroso de siempre, que anhela más que nadie ver sus mieses convertidas en succulento manjar, su pan de cada día, o el despertar puntual, colectivo, a la llamada de los ancestros que no puede faltar.

## Fines

Como fuere, que la forma es lo de menos y el motivo y los fines son siempre los mismos. Al socaire de este esplendoroso día que amanece y todo lo invade con renovados aromas, la multitud se

apresta a escabullirse por un sinfín de lugares, llevando la bondad de su presencia. Hay por delante todo un día de siega.

Puede que la mies esté melosa, que tanto da ya. Los pionos se han llevado al tajo marcado para eso y ya no pararán; o quizás las espigas ya hartas de tanto esperar, doblegadas por el peso, derramen al suelo sus lágrimas grano a grano, tributo que tanto exaspera al amo que todo lo ve y tanto le duele al pisarlas.

O puede que haya que correr mucho, que todo se ha echado encima con demasiada rapidez y se teme, se teme siempre, y habrá que madrugar mucho y hasta segar la noche si hay buena luna y se ve, que la mies se ablanda y la brisa de la noche es una sana caricia a las espaldas del segador.

Casi con frío al comienzo y las mañanas húmedas que casi mojan, larguísimos días de calores sofocantes; tormentas aparatosas, terroríficas a veces; solo lluvias continuadas, inoportunas; y aires alocados en torbellinos que arrebatan la mies de las manos; bochorno, quietudes inmensas que arrojan fuego, chicharrinas, configuran este período breve de la vida del ayer labriego, hoy segador y de todo un poco, que cansado pero satisfecho, con ganas siempre y humores para seguir tarareando sus canciones de siempre, retorna bien entrada la noche a casa, con el grato placer del bien hacer y deber cumplidos.

*«Suena a himno de llamada cautelosa aún el sonsonete fresco de las zoquetas, que se resisten a seguir calladas y denuncian a los cuatro vientos que sus dueños ya están prestos un año más a iniciar la tarea casi sagrada de recoger el fruto de sus prolongados sacrificios»*

## La trilla

Plantado en jarras, oteando los horizontes cercanos, hasta donde la vista se interrumpe en la cercana sierra, el amo de la casa espera



que le llegue la mies que traen los mozos esta mañana luminosa, para dar comienzo a este día de trilla, que promete ser tranquilo y caluroso.

O quizás tenga que esperar un poco más, mientras cambia mensajes que parecen enigmas, con sus vecinos, todos un tanto indecisos ante el cariz tristón que ofrece la mañana, aguachinada por el rocío y la niebla inoportuna que se descuelga de la montaña en vellones negruzcos desde el amanecer.

O tal vez aquellos enormes torrojes que asoman por allá abajo, taponando sin piedad el sol naciente, que revienta en mil desafiantes destellos, como presagio de lo que puede ocurrir esa misma tarde, le hagan tomar la decisión, al fin, dando una escueta pero ruda orden, que se traduce en el acto en un desenfrenado comienzo de las actividades del día.

El mensaje se interpreta por esos simples movimientos en la era, se recoge y se traduce al instante en un fervoroso hacer, que ya no parará en todo el día, pase lo que pase y que animará las eras por igual, con su movimiento febril y alegre, con sus voces de todos timbres, sus tremendos juramentos, sus cantos simpáticos, sus apuestas, sus risas, hasta bien entrada la noche.

La orden que nació indecisa y temerosa de equivocarse, se convierte y se transforma en labor apasionada. Atrás quedó ya la duda dando paso al ajetreo al que todo el mundo se apresta un poco autómatas en los movimientos, que es cosa ya tan sabida.

Se imponen las vías de la simple naturalidad, bajo los estímulos del amor a lo que es propio, aunque inmerso en la pequeñez de su valor puramente material con tanta frecuencia. Un quehacer cotidiano que impone la obligación no exento de cierta fatalidad. Es así como aflora y sale a la luz y se ve en un momento, toda la grandeza que se ha ido acumulando dentro.

Barrida velozmente la era. Quitado el tamo mojado por la niebla, llovizna o simple rocío de la noche; y esparcido de nuevo tamo seco que



## *La siembra, la siega y la trilla*



Hay que tornear ya de seguida, apenas aplanada un poco la mies, deshacer bien las gavillas y que se aireen y joreen bien y vayan cayendo al suelo los primeros granos y la paja que aisle pronto la humedad del suelo.

se sacó del corazón del montón, para que así la humedad que empapa la arcilla de la era no ablande la mies y la haga resistente al trillo.

Los haces vuelan veloces desde lo alto de la hacina y manos mayores y menores que se atropellan, a prueba todas del bien hacer, los arrastran ya sin piedad ni contemplación alguna, los destripan y desparraman hasta ir conformando esa gran tarta redonda con su inconfundible aroma que aviva la esperanza, lo que será realidad hoy mismo.

A un lado, todavía fuera de la parva, los machos triscan afanosos y felices un haz de fresca avena que se les puso y forraje verde y jugoso, como aperitivo a la gran comida y premio al sufrimiento del día; que todo les hará falta y aunque a veces haya que ponerles el bozo, que existe el miedo al terrible torzón que les puede dar, que tantas vidas se llevó y tanta tristeza y desesperación dejó en la casa del labrador, solo comparable a la que causa la desaparición de un ser superior perdido.

Los machos, caballos, burros, emparejados o en parejas mixtas, bien de mañana o con la mañana ya entrada, retozones y bravíos unas veces, ya cansinos otras, comenzaban siempre por igual, dando

vueltas y más vueltas como tontos, más atentos al bocado de las mejores espigas, mirando de reojo al que monta el trillo y al restallar de la zurriaga, que al verdadero cometido de girar de prisa para terminar cuanto antes esta parva del duro y correoso centeno, la frágil cebada o la liviana avena y así verse pronto sueltos, corriendo a sus anchas por los aledaños rastrojos, donde encontrarán los sitios de todas las tardes para revolcarse como si fuesen potrillos traviesos y hartarse de rascarse su vieja piel sobre el suelo polvoriento con felicidad.

Y el amo no para ya desde tan de mañana, quiere estar en todo, no soltará la horca ni casi para comer, dale que te pego, recogiendo esos manojos que parece quieren escaparse de los pisotones. Mal cubierta su cabeza con un sombrero a medio comer por los ratones.

Hay que tornear ya de seguida, apenas aplanada un poco la mies, deshacer bien las gavillas y que se aireen y joreen bien y vayan cayendo al suelo los primeros granos y la paja que aísle pronto la humedad del suelo.

Y los mulos comenzarán a cagar y a mear como locos y sin pudor alguno, que hacen así un hueco en sus enormes panzas para seguir comiendo hasta que no puedan más. Y bien que reniegan los muchachos, que son los encargados de recoger los moñigos antes de que los pisen, y se hacen el despistado todo lo que pueden, por si los recoge el abuelo que ya no sirve casi para nada más en ese día.

Y enseguida el abrasador calor de las once de la mañana, las pesadas e impertinentes moscas y las avispa que acuden zumbando; las prisas porque el día amenaza y por si acaso, aunque luego no pasa nada, solo cuatro pedos que se tiró una nube cochina para hacer rabiar.

Una larga jornada ininterrumpida, mientras queden espigas con granos, que el amo vigila incesante; solo parando a pequeños ratos, turnándose para el almuerzo y la comida, que para la siesta no hay espacio, cuando el sol más aprieta y en la era es un infierno; si acaso

## *La siembra, la siega y la trilla*

se intenta dar una cabezada a la sombra de la acacia que sabe a gloria. Hay unos momentos en que la quietud, la modorra, se apodera de todos y se aprovecha para charrar un rato con el vecino, apoyado en la horca, recostado en la pared del pajar, contra los haces que laceran la espalda, o se arregla algún apero roto.

Este trabajo de hoy requiere atención y mimo. Hay que procurar que no se pierda un grano, que ya bastantes se perdieron antes de llegar aquí.

Se barren una y otra vez las orillas de la parva y se recogen las espigas lanzándolas al paso del trillo. Se cubren las calvas de la parva allá donde rasca el trillo y que las pisadas no hagan harina con los granos.

Menudean los canturreos de todos los días y de todos los años, al tiempo que se dormita sobre la silla y aprovechan los mulos para casi pararse. Voces frescas entonan melodías frescas, que se escuchan con placer y levantan los ánimos y ayudan a seguir rodando, a manera que avanza el día y la calor aprieta y no tiene piedad de quienes ya se cansan de arrear a las pobres bestias que no pueden más, cansadas y comidas por los tábanos y las moscas.

Hay un momento especial, anhelado desde ya hace rato por todos, cuando el amo dice que ya está bien, que la parva ya está molida, que ya no quedan espigas con granos, que se debe recoger y se produce una parada general, como si todos adivinaran la idea antes de pronunciar el so final, como orden secreta transmitida directamente de pensamiento a pensamiento.

Días los hay que más valdría no haber comenzado, cuando las tormentas hacen de las suyas, llevan a maltraer y hay que recoger la parva una o más veces y volver a tender, si da tiempo, y el montón se cubre bien con tamo, o cuando las manos son pocas y no da tiempo para tanto. Y a lo mejor llueve mucho y ganarán quienes amontonaron la mies a medio machacar, y a lo mejor apenas son

media docena de gotas, nada siquiera, solo el susto, que la tormenta se fue hacia otro sitio y ganarán quienes todo lo dejaron como estaba.

Es ya bien entrada la tarde o es muy pronto, apenas recién comidos, según se entienda por tarde y según se acostumbre a comer, que en la trilla no suele haber horas fijas para estas cosas, que en este día se trabaja siempre a destajo, se descansa y se come cuando se puede o cuando interesa.

Y hasta parece que el macho recuperó fuerzas cuando se le enganchó la barrastra y en un santiamén, como si comenzara fresco de mañana, haciendo las delicias de los mocosos que se agarran, se amontonó la paja y el grano; se hizo un gran cono en medio de la era, que ese día el viento sopla incierto, o se amontonó de lado a lo largo dando la cara al viento y se barrió con velocidad, que hay que aventar a toda prisa.

O si la tarde está encalmada se esperará tranquilo a que entre el aire, de día o de noche si hay luna, pues mañana hay que volver a trillar; se coloca en posición la bien engrasada Ajuria verde, cuando las había, que requiere esfuerzo pero es eficaz, hasta que “nuevos vientos” la releguen a su posición de monumento yacente en las viejas eras. Y así hasta que se termine, o se aventará mañana con tranquilidad, que le tocará trillar al coyuntero. En este día quienes menos descansan son los machos, amigos del alma y del cuerpo del labrador.

Y así al anoecer, bien entrada la tarde; de mañana incluso de ese mismo día de trilla o de uno para otro, el padre y sus mozos y mozas, que ambos tanto monta en estos quehaceres, subirán las talegas bien llenas del dorado grano a la cambra, hasta dejar las trojes a rebosar, como rebosantes quedan sus corazones, tras un año más de durísimas inquietudes y penalidades pasada hasta ese día.

Hay un no sé qué, difícil de explicar, en los comportamientos de estos hombres buenos que hoy suben emocionados a la cambra, ante la presencia y el aroma vivos, que traen felicidad traducidos en esos

montones de grano, cada clase en su sitio, que fueron colocando con amor en las trojes.

O una profunda y triste mirada que todo lo dice y todo lo recorre, se posa en los misérrimos montones de escuálidos granos, fruto de la destemplanza inmisericorde del tiempo que no ha querido dar más.

Fue antes de ayer que volvía a casa, el pecho enchido, la satisfacción de un deber cumplido porque acababa de plantar una nueva vida.

Fue ayer mismo que retornaba de cumplir otro deber, con el pecho no menos enchido por el fruto recogido.

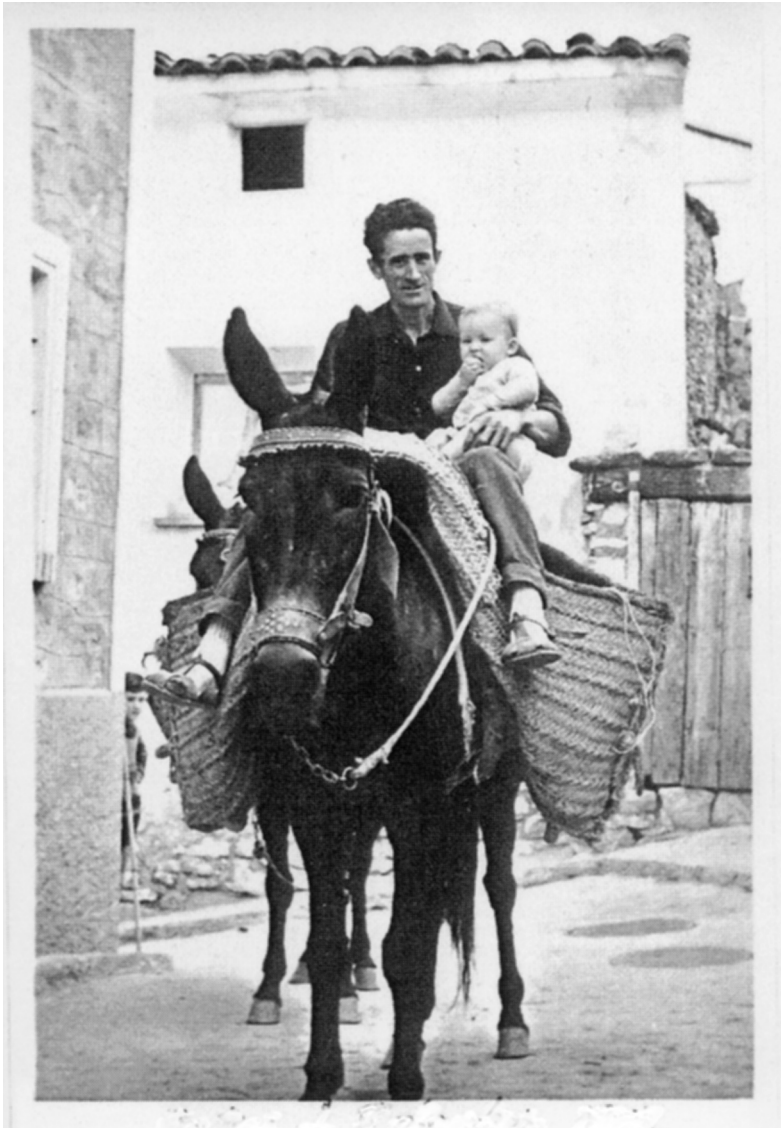
Hoy aquí, por fin, en la cambra o granero de su vieja casa, donde se amontonan tantos recuerdos y los frutos de todo lo que le da su vida cotidiana, este labriego sentirá nuevamente ganas de comenzar, de seguir adelante, que le es imposible dar un paso atrás.

Aquí en su vieja cambra y a pesar de todo, doblará a sus malos pensamientos que le traen desánimo.

Y hasta volverá a tararear o silbar sus viejas coplillas, con lo que a diario expresa sus alegrías o acalla sus males, que no sabe otra.

*“Hay que procurar que no se pierda un grano que ya bastantes se perdieron antes de llegar aquí”.*

**Julián Sánchez Villalba**



Labriego de Bezas con su sobrino, labores agrícolas.  
Foto: Julián Sanchez / 1967





[www.bezas.org](http://www.bezas.org)

